

816
CONSEJO PROVINCIAL TERCER DISTRITO

P. D. C.

LLAMADO A LAS BASES DEMOCRATA CRISTIANAS:

**“POR UNA DEMOCRACIA CRISTIANA FRATERNAL
Y UNIDA EN SU AUTENTICA DOCTRINA”.**

DOCUMENTO APROBADO POR UNANIMIDAD EN
SESION ORDINARIA DE 30 DE ENERO DE 1969.

LLAMADO A LAS BASES DEMOCRATA CRISTIANAS: "POR UNA DEMOCRACIA CRISTIANA FRATERNAL Y UNIDA EN SU AUTENTICA DOCTRINA".

Camarada demócrata cristiano:

Intensamente preocupados por la situación que vive el Partido, creemos nuestro deber de militantes hacer un llamado a todos los camaradas demócrata cristianos para desterrar el fraccionalismo interno que intenta destruirnos, e iniciar una lucha para reestablecer la unidad, fraternidad y autenticidad doctrinaria que han hecho grande a nuestro Movimiento, y con el fin de orientar su conduc-

ción hacia el cumplimiento de su histórica tarea de acuerdo al real sentimiento de las bases.

Al adoptar esta actitud, creemos interpretar los propósitos que animan a la Directiva Nacional de nuestro Partido, cuyos esfuerzos requieren, para ser eficaces, la movilización dinámica y solidaria de todos los cuadros militantes.

Las fracciones y la crisis interna

En primer lugar queremos expresar nuestro repudio a todos los grupos y fracciones que siendo muy minoritarias han ido últimamente minando la consistencia interna de la Democracia Cristiana, han proyectado una desfigurada imagen pública del Partido y han ido destruyendo la fraternidad que ha sido sello distintivo en las relaciones entre nuestros camaradas.

No nos identificamos ni con rebeldes, ni con terceristas, ni con oficialistas. Somos, por sobre todas las cosas, demócratacristianos sin apellidos y queremos que el Partido siga siendo el patrimonio democrático de todos los militantes y no la víctima de un juego de camarillas que se imponen gracias a su organización y audacia.

El Partido Demócrata Cristiano y su antecesor, la Falange Nacional, se caracterizaron por la unidad de sus planteamientos y la democracia interna en los debates y votaciones. Es por eso que no podemos dejar de mirar con preocupación y congoja el nacimiento

de grupos organizados que exigen de sus miembros fidelidad al grupo por sobre la fidelidad que le deben al Partido. Son ellos los culpables del clima de enemistad que se vive en el seno del Partido como así mismo del nacimiento de muchas desviaciones doctrinarias surgidas de los esfuerzos por encontrar argumentos que los justifiquen, aún cuando sean artificiales.

Los demócrata cristianos, debemos constituir una gran fraternidad democrática. Es lógico que entre nosotros existan discrepancias acerca de la forma en que deben ser encarados los problemas que el Partido enfrenta, como ha sido siempre en el pasado. Lo que no es lógico ni aceptable, es que haya camaradas que en sus esfuerzos por diferenciarse de otros camaradas, terminen estando más cerca de enemigos del Partido que de otros militantes de la Democracia Cristiana.

El fraccionalismo interno es un

elemento contrarrevolucionario que debe ser extirpado. El mal que ya se ha hecho a nuestro Partido ha sido muy grande como para que sigamos dándonos el lujo de per-

mitir que los jefes de las fracciones se disputen la conducción de los destinos de la Democracia Cristiana en guerra fratricida y a espaldas de los militantes de base.

La Unidad: Nuestra Gran Tarea

La Democracia Cristiana triunfó en Chile gracias a su firme unidad, a la fe de sus militantes en su doctrina y a la fraternidad interna en su debate político. Para seguir manteniendo el poder se hace perentorio fortalecer las bases de nuestra unidad.

a) **La Unidad Interna:** el partido debe reafirmar la unidad sustancial de su acción política. Los elementos provocadores y los divisionistas constituyen sujetos anti-partido que deben ser puestos al margen de nuestra colectividad.

El deber del Partido es el debate democrático para la adopción de las decisiones políticas y programáticas. Pero una vez adoptadas éstas, el deber de todos los militantes es la acción mancomunada y disciplinada en torno a la línea oficial del Partido.

Las declaraciones públicas con fines de publicidad personal o de proselitismo interno, cuando se apartan de la línea partidaria, constituyen actos de traición a la causa. Desgraciadamente en los últimos años hemos visto el desarrollo progresivo de esta malsana práctica en muchos camaradas que no trepidan en atacar públicamente las personas de otros militantes que ocupan cargos de responsabilidad en el Partido y en el Gobierno.

Los demócrata cristianos debemos ser leales a nuestra causa por sobre toda otra consideración y, en consecuencia, nuestro deber es hacer resplandecer la figura del

Partido como colectividad, por sobre la imagen de cualquier otro grupo.

Repudiamos enérgicamente la práctica ya corriente de que determinados sectores mantengan estrechos contactos con órganos de prensa y radio enemigos de la Democracia Cristiana, donde vierten todos los secretos internos y traicionan a camaradas y a su propio Partido sin ningún remordimiento. Basta leer las páginas de El Siglo, la Última Hora, El Mercurio, PEC y otros periódicos para ver la falta de lealtad de algunos militantes que, escondidos en un cobarde anonimato, lanzan lodo contra su propia causa y sus propios camaradas.

Fortalecer la unidad interna del Partido es la gran tarea del momento. El único camino para lograrlo es que las bases hagan escuchar con poder y con fuerza su opinión e impongan sus criterios para determinar el futuro del Partido.

b) **La Unidad en torno a la Doctrina:** Uno de los efectos más lamentables del fraccionalismo interno ha sido el contrabando ideológico que se ha tratado de introducir en el seno del Partido. Nuestra doctrina y los valores sobre los cuales se asienta la Democracia Cristiana son ya puestos en duda sin ningún tapujo, mientras se plantean en Juntas y Departamentos todo tipo de desviaciones que nada tienen que ver ni con la razón histórica ni con la vocación

doctrinaria de nuestro Partido.

Tanto el individualismo de origen liberal, como el colectivismo de origen marxista, deben ser deserrados sin contemplaciones del seno de la Democracia Cristiana.

Es un deber que volvamos a reivindicar, con dureza y convicción, los principios comunitarios, revolucionarios y democráticos, de inspiración cristiana, que constituyen la base doctrinaria de nuestro movimiento.

La Democracia Cristiana, nació como una respuesta tanto al capitalismo liberal como al colectivismo marxista. La raíz cristiana y espiritualista de nuestra doctrina rechaza por parejo todas las formas materialistas de opresión a la persona humana y por eso busca en la libertad, en la fraternidad, en la solidaridad y en la justicia social, el camino para alcanzar la plena realización de todos los hombres.

Rechazamos en forma categórica todos los intentos de desvirtuar nuestra doctrina partidaria que realizan ciertos camaradas. Quienes estén por el totalitarismo, por la violencia, por la lucha de clases, por el estatismo y por la revolución sin apellidos, están equivocados en nuestro Partido, como lo están igualmente quienes estén por el latifundio, por la defensa de los monopolios y de la "libre empresa" y quienes crean que la Democracia Cristiana es la bolsa de oxígeno del capitalismo. Lo único honesto es que se retiren, en vez de procurar introducir el contrabando ideológico en nuestras filas.

Estamos decididamente por la construcción de una sociedad comunitaria, inspirada en la fraternidad de todos los hombres sin discriminaciones de religión, clase social o ideología, en la cual la

democracia sea el marco político en el que se desarrollen las relaciones entre los hombres.

Estamos por la paz y la amistad entre todas las naciones y somos enemigos declarados de toda forma de prepotencia internacional y de todo imperialismo, cualquiera que sea el color que éste tenga.

Reafirmar la ortodoxia doctrinaria de la Democracia Cristiana es uno de nuestros objetivos principales. La doctrina del Partido, mantiene más que nunca su plena validez, como lo demuestran a diario los acontecimientos nacionales e internacionales y por lo mismo que está viva exige permanente renovación para poder ir incorporando las nuevas experiencias del ser humano en nuestro acervo programático. Pero exigimos que toda renovación de nuestra ideología sea hecha dentro de los marcos de la filosofía del humanismo cristiano y que cada paso hacia adelante perfeccione, purifique y modernice nuestra verdadera doctrina. Jamás aceptaremos que el progreso se realice renegando de nuestros postulados básicos, ni incorporando como novedades lo que no es más que una copia del marxismo. Progreso y Renovación, sí. Contrabando y Renegación, no.

c) La Unidad del Partido y del

Gobierno: Cualesquiera que sean las opiniones que se tengan sobre los aciertos o errores del Gobierno del Presidente Frei, ningún demócrata cristiano puede desconocer ni eludir la responsabilidad de nuestro Partido en la obra de nuestro gobierno. Como muy bien lo dijo nuestro camarada Renán Fuentealba en el último Consejo Plenario Nacional y lo ratificó la Declaración de Cartagena, "todo lo bueno y lo malo de este gobierno nos pertenece, integralmente, a los demócrata cristianos".

El Presidente Frei llegó al gobierno como candidato de nuestro Partido, sobre la base de un programa concreto que la Democracia Cristiana presentó al país y que se está cumpliendo en lo fundamental. En consecuencia, el país identifica su gobierno con lo que el Partido Demócrata Cristiano es capaz de ofrecer y de realizar en nuestro Chile en el presente estado de su desarrollo.

Es legítima y saludable la crítica interna a la labor de nuestro Gobierno. Todos los militantes tenemos el derecho de discrepar sobre las tareas a realizar y sobre la forma de realizarlas. Pero no es aceptable que haya demócrata cristianos que enjuicien al Gobierno con más violencia que nuestros propios enemigos, que desprestigien o minimicen en público su acción, que ataquen a las personas de sus camaradas con tanto o más encono que nuestros peores detractores y que para congraciarse con éstos, aparezcan lavándose las manos respecto a la acción gubernativa.

Por muchos que puedan ser los errores cometidos —que sin duda los hay— nadie puede desconocer la magnitud y trascendencia de la tarea cumplida en estos cuatro años por el Gobierno Demócrata Cristiano, que la reciente Declaración de Cartagena reseñó en sus aspectos más salientes y que es motivo de justificado orgullo para

En el Congreso Definiremos un Camino para el Futuro

Los antecedentes antes expuestos, nos llevan a concluir que es en el próximo Congreso Nacional del Partido, el lugar donde deberemos definir no sólo el programa presidencial, sino también los planteamientos ideológicos, programáticos y estratégicos confor-

todos nosotros. Resulta por eso penoso e irritante el espectáculo que ofrecen algunos camaradas que parecen avergonzarse de lo hecho, acomplejados por las voces opositoras que siempre pedirán algo distinto de lo que prometimos realizar.

Se equivocan quienes piensan que el electorado hará en el futuro distinciones entre los demócrata cristianos que son oficialistas, terceristas, rebeldes o ultrarebeldes para seguir apoyando a la Democracia Cristiana. El electorado nos juzgará como a un todo, dentro del cual todos seremos aprobados o rechazados.

Ahora, como en el futuro, —quienquiera que sea nuestro candidato— el deber de los demócrata cristianos es mantenernos ferrea y disciplinadamente unidos en torno al Gobierno del Partido, enfrentando con coraje y decisión todos los ataques del adversario. Esto es fundamental tenerlo claro y defenderlo como un punto clave del comportamiento de los militantes, porque así como hoy hay "oficialistas" respecto a este Gobierno y "rebeldes" que lo impugnan, en el futuro también existirán "oficialistas" de un nuevo Gobierno y "rebeldes" que lo impugnarán. Pero hoy como mañana, la regla debe ser la misma, porque de ella depende el destino del Partido como fuerza conductora del cambio en Chile.

me a nuestra doctrina y al comportamiento futuro de los demócrata cristianos. Es esta la razón por la cual —sobre la base de los considerandos anteriores— hacemos un llamado a los militantes de base del Partido Demócrata Cristiano para que concurran al

recha, enemiga del
Gobierno y de la Dem

Congreso a defender la vocación real del Partido. Es por esto que proponemos:

1º—Oposición frontal al fraccionismo, que ya se prepara para dividirnos entre numerosos candidatos y sobre la base de programas preparados entre cuatro paredes de camarillas dirigentes. Las bases deben prepararse para impedir que se siga dividiendo nuestro Partido en feudos independientes, que se sienten más solidarios entre ellos que con los demás militantes.

El Partido debe ser la expresión clara de las aspiraciones de los que solo quieren seguir democracia cristiana sin apellidos. El Congreso será la ocasión de que reafirmemos la fraternidad interna, impidiendo todo sectarismo o toda provocación divisionista.

2º—Reafirmación de fe en nuestra doctrina comunitaria; planteando, en forma categórica, nuestra incompatibilidad tanto con el capitalismo liberal como con el marxismo totalitario. En el Congreso deberemos volver a aclarar los fundamentos mismos de nuestro movimiento, tal como ellos están concebidos en la filosofía cristiana, en el concepto humanista de la Democracia Cristiana, concebido por Maritain, y en la concepción comunitaria de la sociedad expuesta por Mounier, el Padre Lebrez y sus discípulos.

El Partido deberá reafirmar su vocación democrática, libertaria, comunitaria, fraternal, anti-clasista y anti-imperialista, como así mismo su vocación revolucionaria y popular.

3º—Rechazo terminante a la Derecha, enemiga acerba de nuestro Gobierno y de la Democracia Cris-

tiana, que no trepida en medios para desprestigiarnos y destruirnos con la mira de reconquistar el poder.

Somos fuerzas antagónicas. Los derechistas representan el pasado; nosotros, el futuro. Ellos se afirman en la eficacia del dinero y en el afán de lucro; nosotros creemos en la fecundidad del trabajo humano. Ellos patrocinan la "libre empresa" y la sociedad capitalista; nosotros, la planificación económica y la sociedad comunitaria. Ellos desconfían del pueblo y defienden el monopolio del poder político, económico y social por los menos; nosotros tenemos fe en el pueblo y queremos la participación de todos en el poder, la cultura y la riqueza. Ellos han sido los principales opositores a la organización popular; a los sindicatos campesinos, a las Juntas de Vecinos y a las demás organizaciones comunitarias patrocinadas por nosotros. Han sido los peores enemigos de la Reforma Agraria que nuestro Gobierno realiza, a la que han puesto todos los obstáculos a su alcance. Ellos han sido los grandes detractores de la promoción campesina desarrollada por INDAP. Se han dedicado sistemáticamente a sembrar la desconfianza contra nosotros, a desparramar por doquier rumores envenenados y calumniosos contra nuestra gente y han llegado al extremo de tratar de desprestigiar a Chile en el extranjero por pasión partidista. Ellos se empeñan en presentarnos como un Partido voraz y totalitario, como entregados al marxismo y como enemigos de la clase media, a la cual siempre despreciaron y ahora pretenden engañar. Ellos se organizan y unen para buscar nuestra derrota.

Aunque la derecha es una fuerza gastada que no tiene nada que ofrecer al país, y aunque la vía

capitalista de desarrollo que ellos patrocinan está fracasada en la experiencia histórica de Chile y de los demás pueblos de América Latina, es un adversario peligroso por los medios con que cuenta, al que debemos desenmascarar sin contemplaciones.

4º—Rechazo terminante al Comunismo, que mirando hacia el futuro de Chile, es la única alternativa histórica frente a la Democracia Cristiana.

No cabe duda que la gran mayoría de los chilenos rechazan las estructuras capitalistas y anhelan el cambio. Así quedó de manifiesto en 1964, donde las dos grandes fuerzas que se disputaron el gobierno expresaron su repudio al orden existente y representaban la aspiración de un nuevo orden económico-social para nuestra patria. La disputa se centró en el medio o el camino para hacer el cambio: Chile prefirió la vía democrática de inspiración cristiana a la vía totalitaria de inspiración marxista. Nosotros representamos la primera; el comunismo encarna, orienta y maneja la segunda.

Al cabo de cuatro años, el cuadro no ha variado en lo substancial. Los avances logrados por el Gobierno de la Democracia Cristiana, especialmente en la organización popular, la expansión educacional y la reforma agraria, han robustecido la voluntad de cambio de la mayoría popular. Desgraciadamente, por múltiples razones a las que no son ajenos algunos errores del gobierno y el fraccionamiento demócrata cristiano, no hemos logrado canalizar arrolladamente esa voluntad de cambio en nuestro movimiento y el problema sigue siendo si la Revolución se hace en libertad, conducida por nosotros, o si debe reali-

zarse por la dictadura del proletariado, encabezada por el partido comunista.

Entre comunistas y demócratas cristianos no solo hay un abismo doctrinario que resulta del contraste entre el materialismo y el espiritualismo de nuestras respectivas concepciones de la vida y del distinto significado que atribuimos a la libertad y demás derechos esenciales de la persona humana. Hay también la incompatibilidad práctica que deriva del contraste entre nuestra moral política y la de ellos, y de su sometimiento a la línea del imperialismo soviético. Nosotros debemos regir nuestra conducta por los preceptos de la moral cristiana; para los comunistas, el fin justifica el empleo de cualquier clase de medios y los principios se acatan mientras sirven. El último ejemplo dramático es el de Checoslovaquia: los Estados Comunistas no trepidaron en violar cínicamente los principios de autodeterminación de los pueblos y de no intervención, que tanto habían esgrimido contra los Estados Unidos en los casos de Cuba, Santo Domingo y Vietnam. Y el Partido comunista chileno, que había expresado simpatía por el proceso de liberación checoslovaco, demostró de inmediato su sumisión a la Unión Soviética, justificándola y aún aplaudiéndola.

Siendo así sería absurdo e ingenuo pensar en la posibilidad de un leal entendimiento entre demócratas cristianos y comunistas sobre un camino común para hacer la Revolución. Podríamos coincidir en acciones concretas determinadas; pero no en una política general. Podríamos tal vez ponernos de acuerdo en las palabras, pero a poco andar el choque sería inevitable.

El acontecer de estos cuatro

años lo prueba de manera indiscutible. Con extrema habilidad y cinismo, el partido comunista se las ha arreglado para mostrarse moderado, razonable y colaborador, y para hacernos al mismo tiempo la oposición más destructiva. Mientras contribuía con sus votos a aprobar aquellas leyes que no podía rechazar, como la Reforma Agraria, la Sindicalización Campesina y los reajustes de remuneraciones, empujaba simultáneamente la más enconada resistencia sindical contra la política gubernativa, promoviendo cuanta huelga ha podido, en contraste con su actitud complaciente con el anterior gobierno derechista, al cual nunca le suscitó conflictos laborales. Del mismo modo, ningún otro grupo político ha sido más tenaz y sistemático en la conducta de poner obstáculos, desafiándonos al cumplimiento inmediato de tareas simultáneas incompatibles o imposibles de realizar, para luego denunciarnos como incumplidores, y en la campaña de desprestigio contra nuestros hombres, nuestro Gobierno y nuestro Partido.

Esta política fría y persistente le ha dado sin duda buenos frutos: Presentándose en posiciones moderadas y legalistas ha adormecido las resistencias que suscita. Y mientras los socialistas se han despedazado en fracciones y grupúsculos que rivalizan en jugar al extremismo, el Partido Comunista consolida su posición política, domina sin contrapeso en la CUT y nos disputa la conducción de la juventud, los pobladores y los campesinos.

La enorme mayoría de los chilenos es tan anti-comunista como anti-derechista y quiere vernos claramente en nuestra posición de camino diferente. En la medida que no enfrentemos con coraje al Partido Comunista, denunciando

sus contradicciones y destacando los perfiles propios que definen a la Democracia Cristiana como una alternativa popular y revolucionaria distinta, sólo provocaremos confusiones en las cuales nada ganaremos y será mucho lo que perderemos.

52—**Rechazo terminante a la violencia y al gorilismo:** Los graves problemas de la sociedad moderna, originados especialmente por la contradicción entre las expectativas y necesidades que suscita, y la incapacidad de las estructuras económicas y sociales tradicionales para darles satisfacción, están provocando en nuestros días la tentación de recurrir a la violencia. Si esto ocurre en países desarrollados, como Francia y los Estados Unidos, es más explicable aún en las regiones subdesarrolladas, donde el contraste entre las condiciones de vida de las mayorías populares y las aspiraciones y posibilidades que la civilización moderna sugiere y ofrece, revisten caracteres dramáticos.

La violencia es la renuncia a encarar la solución del problema por medios racionales.

Algunos, desesperados de la injusticia, creen que no es posible construir un orden nuevo sin destruir a sangre y fuego el existente, por eso preconizan la guerrilla o la revolución armada.

Otros, escépticos o temerosos, creen que para evitar el caos y lograr un "progreso" ordenado, es necesario contener por la fuerza los anhelos populares, por eso preconizan la dictadura o el gorilismo.

Uno y otro camino son frutos del mismo mal: la pérdida de fe en la razón humana. Uno y otro: revolución armada y gorilismo, se estimulan recíprocamente: la dictadura provoca la guerrilla y ésta empuja a la dictadura.

Los demócrata cristianos rechazamos, en principio, el empleo de la violencia, salvo casos muy excepcionales que la moral cristiana justifica. Porque creemos en el hombre y en la razón humana, confiamos en su capacidad para construir un mundo nuevo por las vías democráticas, usando los instrumentos de la persuasión y el derecho. Por eso hemos condenado siempre a las tiranías, cualquiera que sea su signo. Por eso repudiamos al gorilismo que se está apoderando de nuestra América. Por eso estamos contra las guerrillas y la revolución armada que patrocinan Fidel Castro y sus seguidores.

Como ha escrito Helder Cámara, el revolucionario Arzobispo de Recife, "la violencia parece solución pero no lo es; parece corresponder pero no corresponde, a la realidad de América Latina. En cualquier lugar del mundo, pero sobre todo en nuestro continente, si revienta una explosión de violencia tendremos de inmediato un nuevo Vietnam. Aún sin declarar la guerra, los grandes acudirán y azuzarán la lucha armada proporcionando los elementos más modernos de destrucción". Y luego agrega: "la opción para el cristiano es clara: la no violencia, que de ningún modo es sinónimo de pasividad o cobardía. No violencia es creer mucho más en la justicia, en la verdad y en el amor que en la injusticia, la mentira y el odio. Es claro que la no violencia no puede ser romanticismo: exige objetivos bien definidos, método firme, articulación segura".

6°—**Fe en la Democracia Cristiana como alternativa revolucionaria:** Frente a la derecha, al comunismo y a la violencia —revolución armada o gorilismo—, la Democracia Cristiana sigue siendo el

mejor camino para construir en Chile una nueva Sociedad, justa, humana y libre. Somos la única alternativa verdaderamente democrática y eficaz. Somos los únicos capaces de interpretar a la vez los anhelos de cambio con los de libertad que anidan en el espíritu y voluntad de los chilenos. Somos los únicos capaces de conjugar la revolución con la tradición institucional de nuestra patria.

Hay entre nosotros quienes, golpeados por los obstáculos puestos en nuestro camino, por los errores que hemos podido cometer o por el aburguesamiento de algunos camaradas, impacientes por la lentitud del cambio e ilusionados por el espejismo de soluciones fáciles, han perdido su fe en la capacidad revolucionaria de nuestro movimiento y buscan nuevas rutas en la alianza con otras fuerzas de izquierda. Creen que la Revolución en Chile solo puede ser obra de la "unidad popular" o de un "frente revolucionario de trabajadores y estudiantes".

Los demócrata cristianos hemos sido siempre partidarios decididos de la unidad popular, pero sobre bases claras que aseguren la expresión leal y democrática de la verdadera voluntad popular. En el reciente Consejo Plenario de Cartagena el Presidente del Partido reiteró nuestra tradicional posición en la materia, precisando las condiciones necesarias para tal unidad. El país conoce la respuesta que hemos encontrado en quienes se arrogan el monopolio de "partidos populares". El Partido Comunista ha expresado categóricamente y reiteradamente que rechaza toda alianza con la Democracia Cristiana y que solo concibe el entendimiento con "los demócrata cristianos de avanzada" y en torno a "la unidad socialista-comunista". El Partido Socialista ha dicho

por su parte que si los sectores "rebeldes" del Partido Demócrata Cristiano "son consecuentes, en vez de convertirse en recipientes electoreros de votos para el gobierno, deben marchar con comunistas y socialistas. Es decir, esos grupos rechazan toda verdadera unidad popular y solo quieren dividir a la Democracia Cristiana y aprovecharse de quienes se presen-ten para servirles de comparsa.

Los Demócrata Cristianos de base, que vivimos en el seno del pueblo y de sus organizaciones, y que durante años hemos luchado simultáneamente contra la prepotencia y egoísmo de los patrones derechistas y contra la prepotencia y sectarismo de los dirigentes marxistas, no estamos dispuestos a servir a nadie de comparsa, ni a traicionar los principios de la Democracia Cristiana sumándonos a una revolución que los contradiga. Queremos la Revolución, pero no cualquiera, por el solo gusto de ser o parecer revolucionarios, sino la que se realice conforme a nuestros principios y conduzca a una sociedad democrática, humanista y comunitaria. Y seguimos creyendo en la fecundidad de nuestras ideas y en la capacidad de nuestros hombres para hacer esa Revolución.

7.—**Afirmación de nuestro propio camino.** Lo anterior nos lleva a sostener la necesidad de perseverar en nuestro propio camino, que es el que nos conquistó la confianza de la mayoría de los chilenos y nos ha dado todos nuestros grandes triunfos.

Ninguna posición ambigua es capaz de suscitar entusiasmo ni apoyo popular. Solo cuando la Democracia Cristiana, con definición y valor, muestre sus perfiles distintivos, podrá conservar y acrecentar la fe del pueblo en ella.

No se trata de adoptar posiciones sectarias o exclusivistas. Hoy como ayer, debemos estar dispuestos a colaborar con todos aquellos con quienes encontremos puntos de acuerdo en tareas específicas. Pero no podemos embarcarnos en alianzas o coaliciones de componenda ni con la derecha reaccionaria ni con el comunismo totalitario. Así como el año 1964 fuimos capaces de no transar el programa "ni por un millón de votos" con la derecha, que nos apoyó a pesar de ello, debemos ser claros ante el país que no estamos dispuestos a transar nuestra plataforma popular y democrática con nadie, ni aún a riesgo de nuestra derrota.

El país ha identificado a nuestro Partido como algo diferente de la derecha y de la izquierda marxista. Por razones doctrinarias y políticas nuestros caminos son divergentes y sería un grave error crear confusiones al respecto.

Para hacer un gobierno de corte capitalista y anti popular el país tiene el derecho de elegir a un derechista antes que a un demócrata cristiano moderado. Para hacer un gobierno socialista y colectivista el país tiene la razón si elige a un pesonero del FRAP en vez de elegir un demócrata cristiano de extrema izquierda que crea concordar con un ideario socialista.

El país volverá a entregar su confianza a nuestro Partido para desarrollar una política consecuente con la que hemos desarrollado en estos últimos cuatro años. El país quiere un Gobierno Revolucionario, pero que respete la libertad y la democracia. Quiere un Gobierno democrático, pero que sea capaz de transformar nuestra sociedad y colocarla a la altura de los tiempos. Quiere un Gobierno decidido y responsable que sin dema-

gogia ni palabrería hueca, sea capaz de avanzar lo que es posible sin embarcar al país en ninguna aventura irresponsable. Quiere un Gobierno popular, pero sin exclusivismos negativos hacia los otros sectores de la comunidad nacional y quiere nuestra soberanía, manteniendo buenas relaciones con los demás países del mundo, sin arriesgarnos a un conflicto internacional.

En resumen, Chile quiere un Gobierno que no corresponda ni a la ideología del Partido Nacional ni a la del Partido Comunista, Chile quiere un Gobierno que corresponda al planteamiento central de la Democracia Cristiana.

Durante cuatro años el país nos ha conocido y nos mantiene mayoritariamente su apoyo. Nuestro deber es señalarle que seguiremos por el camino iniciado, profundizándolo en una nueva etapa, corrigiendo los errores, pero no renegando de lo realizado por el Gobierno del camarada Eduardo Frei.

8º—Afirmación de una vía de desarrollo no capitalista y no colectivista hacia la construcción de la Sociedad Comunitaria.— Nuestro deber es dar en la próxima etapa un paso más avanzado hacia la creación de una sociedad comunitaria en nuestro país. El meollo de esta nueva etapa reside en perfeccionar los mecanismos de participación popular en el poder político, económico y social.

La tarea de organización popular iniciada por este Gobierno debe ser continuada y profundizada. Los campesinos, los pobladores, los obreros industriales, las mujeres, los empleados, deberán alcanzar niveles adecuados de organización, tanto en la representatividad que éstos tengan, como a su poder y eficiencia en la conquista

de sus objetivos. Los chilenos deben estar afiliados al número necesario de organizaciones que les garanticen una participación efectiva en el poder.

Debemos crear los mecanismos institucionales que garanticen la participación real del pueblo organizado. Ya se ha alcanzado durante este Gobierno, a través de la Ley de Juntas de Vecinos, un instrumento de participación popular en el poder territorial. Se debe iniciar la reforma de la empresa, destinada a garantizar la participación de los trabajadores en el destino de la comunidad de trabajo. Se deben establecer los mecanismos necesarios para garantizar la participación de todos los sectores activos de la comunidad en la creación y ejecución del plan nacional de desarrollo. Es necesario democratizar nuestro sistema de generación de las leyes que han de regir la convivencia de todos los chilenos.

La tarea ya iniciada, con la formación de un vasto y poderoso movimiento social, debe ser continuada, consolidada, profundizada y complementada por las medidas de orden institucional necesarias.

El perfeccionamiento de la democracia chilena para garantizar que quienes usufructúan del poder nacional sean todos los chilenos y no sólo los dueños del capital, los burócratas del Estado o los dirigentes de las minorías políticas, es la gran tarea de los próximos años, junto con el aumento sustancial de nuestra riqueza y su más ecuánime distribución entre los sectores sociales.

La vía no capitalista de desarrollo para alcanzar una sociedad democrática y comunitaria es y debe ser nuestra respuesta más categórica tanto para aquellos que sos

tienen que somos juguetes del comunismo como para los que sostienen que somos el neo-capitalismo nacional. Distintos tanto del capitalismo como del colectivismo, nuestra vía hacia el comunitarismo es y debe ser necesariamente no capitalista y no colectivista.

Para tal efecto debemos reforzar

aquellas áreas de poder autónomo entre el Estado y el Capital, con el fin de que en nuestro país se vaya generando un vasto movimiento de democracia social, económica y política que garantice el nacimiento de una nueva sociedad que corresponda realmente a la idiosincrasia y a la cultura nacional.

La Revolución de los Militantes

Para cumplir estos propósitos y dentro de este cuadro de ideas, llamamos a todos nuestros camaradas a asumir responsabilidades en el seno de nuestro Movimiento. Los Presidentes Comunales, los regidores, las dirigentes femeninas, los auténticos dirigentes sindicales, pobladores, campesinos y juveniles, los hombres y mujeres anónimos y sufridos que han entregado su vida al servicio de nuestra causa, son los dueños del Partido. Su verdadera voluntad, y no la que les atribuyen quienes se arrogan su representación, debe ser la que decida los destinos del Partido. Para éstos tenemos que resolvernos a actuar, definirnos, tomar posiciones.

Ha llegado la hora de la Revolución de los Militantes en contra de la deslealtad y el fraccionalismo para evitar la destrucción del Partido. No podemos seguir permitiendo que pequeños grupos de camaradas, muchos de ellos recién llegados a nuestro movimiento, sigan alejando con su prepotencia y su falta de respeto y realismo a los militantes, e imponiendo con violencia planteamientos y consignas ajenas a nuestro Partido.

Los demócratas cristianos deben reconocer cuartel en todos los organismos del Partido para que sus directivas y sus líneas políticas representen fielmente el espíritu, la doctrina y la vocación auténtica de la Democracia Cristiana.

Santiago, Enero de 1969.

Emilio Saavedra Espinosa

PRESIDENTE PROVINCIAL
TERCER DISTRITO P.D.C.

P. S.—Rogamos a los camaradas que comparten los criterios de este llamado y estén dispuestos a luchar por ellos, hacerlo saber a

Casilla 1631 — Correo Central — Santiago